

LA PROPUESTA GREMIAL,

Alfredo Rangel Suárez*

Dirigentes gremiales propusieron en días pasados financiar a las guerrillas a cambio de que cesen el secuestro y la extorsión; al mismo tiempo, en un alarde de capacidad de maniobra militar, la guerrilla se tomaba Dabeiba, le ocasionaba al Ejército cincuenta y cuatro bajas, destruía un helicóptero e inutilizaba otros dos.

El primero no fue un hecho aislado, ni un desliz de unos dirigentes. La cuestión es más de fondo: demuestra que buena parte de las élites del país no han logrado entender a cabalidad la compleja dinámica de nuestra guerra interna; el segundo evidencia que la capacidad de confrontación militar de la guerrilla sigue creciendo y que se está preparando para repeler con éxito las nuevas técnicas operacionales del Ejército. Que en el terreno militar todavía está todo por jugarse, y que nadie ha ganado ni perdido nada de manera irreversible.

La propuesta gremial muestra que a las élites realmente les preocupan más las consecuencias de la guerra sobre su patrimonio y su bienestar personal, que la suerte de la guerra misma. La subestimación y la incomprensión de la guerrilla entre esos sectores es palética. Creer que la guerrilla secuestra y extorsiona sólo para sobrevivir, y que si se le garantiza su sustento con financiamiento oficial dejará de hacerlo y se acabará el problema, es creer que la guerrilla son grupúsculos

de muertos de hambre que apelan a la violencia sólo para comer.

No parecen entender a estas alturas que, por lo menos en las Farc, hay un proyecto político de largo alcance que aspira a concretarse con la toma absoluta del poder a través de una victoria militar sobre el Estado. Y que, por consiguiente, todas sus formas de financiamiento tienen como propósito recabar los recursos necesarios para estructurar un ejército capaz de alcanzar ese propósito. Proponerles que dejen su lucha a cambio de un plato de lentejas es un despropósito que no sólo irrespeta al adversario, sino que confunde y descontrola al campo propio.

En efecto, ese tipo de propuestas proyectan la idea de que la guerrilla en Colombia es sólo un estorbo que puede acabarse con unos pocos pesos, y no una amenaza política y militar con potencial real de poner en jaque al Establecimiento y a la institucionalidad. La guerrilla ya ha olfateado el poder y sus ambiciones son de largo aliento. Es una ridiculez querer tentarlas con unos platos de sopa para que terminen su lucha contra el Estado.

A no ser que, para colmo del disparate, se pretenda financiar a la insurgencia dándole el avituallamiento necesario para que continúe su guerra contra el Estado, pero sin secuestrar ni extorsionar a la población civil. Es decir que, por medio de



GUERRA NI PAZ BARATAS

los impuestos que pagamos todos, se financie tanto al Ejército Nacional como a los grupos guerrilleros y resuelvan sus disputas dejando a un lado una población que, supuestamente, "nada tiene que ver con el conflicto".

Pero lo más grave de este tipo de propuestas, que pretenden ser imaginativas, audaces y hasta generosas, es que transmiten la impresión de que no es mayor el esfuerzo que habría que hacer para recuperar la paz. Detrás de su facilismo queda disminuido el gran esfuerzo político y militar necesario para culminar con éxito una negociación en medio de una confrontación armada de creciente intensidad. Acentúan la visión miope de un conflicto desdeñable, generado por unos grupúsculos guerrilleros sin ningún respaldo político y social, cuya falta de legitimidad los invalida como interlocutores políticos para negociar una agenda de reformas estructurales del país. Sin decirlo, estas propuestas cuestionan de raíz la validez y el alcance del proceso de paz. Quienes así subestiman a la guerrilla generalmente no tienen la entereza de ir hasta las últimas consecuencias de su planteamiento; echar por la borda la negociación política del conflicto armado.

En esta visión se basa la arraigada idea de una paz barata, que empieza con un plato de lentejas y termina con una microempresa para cada guerrillero. Lo que no se aprecia bien es que si se quiere una paz tan barata, la guerra necesaria

para lograrla tendría que ser muy cara, pues requeriría poner a la guerrilla casi al borde de su aniquilación. Pero si el país ni siquiera ha asumido el costo necesario para mantener a la guerrilla controlada y evitar su crecimiento, mucho menos lo pagaría para aniquilarla. Es paradójico: el costo de una paz barata es impagable.

Pero a la miopía se le suma la mezquindad. Se quiere una paz barata, con lentejas, y una guerra también barata con helicópteros regalados. Vana ilusión. Dabeiba ha demostrado que los helicópteros, que son necesarios, por si solos no bastan, no son omnipotentes, ni invencibles; que, además de estrategia, se necesita costear mayores gastos operacionales, más entrenamiento, más equipo, más pie de fuerza. Y para esto se necesita multiplicar los recursos y el esfuerzo propio.

Para demostrarle a la guerrilla que su victoria militar es imposible, y obligarla por la fuerza a aceptar una negociación honorable, el costo económico, político y militar que tendremos que pagar será muy alto. Ni la guerra ni la paz serán baratas. ✻

***Alfredo Rangel Suárez, columnista del diario "El Tiempo". Columna publicada por este diario el viernes 27 de octubre del año 2000, en la pág. 1-17.**